

En la era de la globalización se han replanteado los límites y perspectivas de la historia del libro, un campo de estudio interdisciplinario y de vasto contenido, que ahora procura examinar el trasvase de textos e ideas que unió a los pobladores de diversos continentes desde varios siglos atrás. En este contexto, sin embargo, no deben perderse de vista los estudios de carácter nacional o regional, que enfocan a escala reducida la base de ese fabuloso intercambio de carácter material y espiritual. Por eso saludamos el magnífico estudio de Juan Carlos Adriazola Silva, que pone sobre el tapete el desarrollo de la cultura y la industria editorial en Piura, en una perspectiva de larga duración, y le comprometo personalmente a seguir participando de esta gran aventura.

Teodoro Hampe Martínez

Mariano Fazio, *Los fines de la conquista: el oro, el honor y la fe*. Piura, Universidad de Piura, 2015, 180 pp.

El P. Mariano Fazio, Doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia de la Santa Cruz y Licenciado en Historia por la Universidad de Buenos Aires, ha desarrollado en esta obra, una propuesta de análisis acerca de los fines, los medios y los cambios que se suscitaron en torno al proceso de conquista de las “Indias Occidentales”, vale decir, los actuales territorios del América del Sur, América Central, el Caribe, las Antillas y parte de los territorios sur y central de América del Norte.

El libro está estructurado en tres capítulos, con una conclusión que lleva al lector a recapitular los temas expuestos pero no a modo de resumen, sino de reflexión final, en la que el autor comparte su punto de vista respecto a los fines últimos de la conquista.

En el primero capítulo (“El oro y las riquezas como móviles del descubrimiento y conquista de América”), el autor expone el impacto que supuso en el ánimo del conquistador el afán de la *búsqueda de oro*, señalándolo como el factor “más evidente y fácil de explicar” para realizar las compañías conquistadoras.

En el capítulo siguiente (“El honor español en la conquista de América, entre la Reconquista y el Renacimiento”), se aborda desde una perspectiva antropológica, las bases culturales y la mentalidad de los conquistadores en el contexto de una época en donde la figura de la persona y su individualidad asumió un papel preponderante. El autor resalta como una característica propia del genio español de esta época el tener al honor como un fin en sí mismo. Esto se explica por la propia construcción de la identidad española tras la Reconquista, una sociedad sostenida en una serie de valores que exaltaron la individualidad: la valentía guerrera o la lealtad; dimensiones visibles, exteriores, posibles de ser reconocidas y valoradas por los demás. Según el autor “Lo importante no es lo que se es sino lo que se aparenta ser. Esto explica la necesidad de cuidar las apariencias, y el interés que se pone en el “qué dirán” (65).

Pero también se analiza el honor desde otra dimensión más interior, la que tiene que ver el honor como fruto de las obras buenas (las “hazañas”) realizadas. En esta dimensión, el honor es fruto de la virtud, de la conducta o el actuar ejemplar de los conquistadores, de su capacidad para proceder poniendo por encima de sus intereses personales otros fines, magnánimos o piadosos, poniendo en ellos todo su esfuerzo personal para no sentirse abatido o derrotado sino lograr superar los obstáculos y los miedos que le circundan, venciendo a sí mismo, o poniendo por encima de todo la fidelidad, la lealtad a su Rey y a la Corona.

El tercer y último capítulo (“La espada y la cruz”) plantea una reflexión sobre lo que significó para los conquistadores la Evangelización indígena y el destierro de las prácticas cultistas originarias. A partir de tres ejemplos el autor fundamenta un planteamiento central: que “la finalidad espiritual estuvo presente en el proceso conquistador” y que, no sólo la sed de oro y de honra fueron los móviles de la conquista, como equivocadamente se afirma incluso en círculos académicos.

Acertadamente señala Fazio que la visión espiritual del conquistador estaba unida a una visión “providencialista” de la historia, una mentalidad

propia de la época que sostenía la convicción de que es Dios “señor de la Historia, y guía su curso para que la verdad triunfe sobre el error.” (115). En este sentido, los conquistadores, meros instrumentos en las manos de la Divina Providencia, se sintieron parte de los planes redentores. Es así que no tuvieron impedimento en manifestar, a veces con excesiva violencia, su celo apostólico. En el conjunto de una visión providencialista, no sólo las actuaciones de los capitanes (por ejemplo, Cortez en la toma de México Tenochtitlán) sino también las pequeñas intervenciones de personajes concretos son expresiones valiosas de ese accionar divino. Tal es el caso del naufrago Alonso de Ojeda, quien tras arribar casualmente a las costas de Cuba, supo mover a los locales a una devoción mariana, utilizando para ello una tabla de la Virgen hecha en Flandes. (130)

El análisis de estas tres partes, llevan a Fazio a sostener que a pesar de la polémica que aún se genera por la diversidad de opiniones respecto a los fines y el resultado último de la conquista, lo que queda claro es que “hubo una pluralidad de fines –búsqueda de riquezas, evangelización, engrandecimiento personal– que no se excluyeron, sino más bien se complementaron mutuamente en el alma de los conquistadores”, por el contrario, en aquellas almas, empequeñecidas, gobernadas por la ambición, la codicia o la soberbia, sólo se observan acciones contrarias al equilibrio de los tres fines mencionados. (167).

Mención aparte merece lo relativo a la metodología aplicada por el autor en la redacción de esta obra y la cercanía a las fuentes. El P. Fazio se ha decantado por la relectura– desapegada de cualquier enfoque ideológico –de las crónicas como principal sustento de la investigación. En esto recuerda el trabajo de Porras Barrenechea, quien dejó señalado en su “Cronistas del Perú”¹ tres consideraciones sobre el modo en que el historiador debe aproximarse a estos materiales: Primero, al comprender que las crónicas de la conquista constituyen la primera historia peruana (y americana), aspecto que –por cierto– los mismos cronistas tendrían en mente al titularlas como “Primera Relación” o “Historia General”. Fazio asume esta consideración como propia y es por ello que deja en claro que las crónicas no son mitos (aunque contenga mitos) ni leyendas o cuentos (aunque se mantengan como hilos conductores del relato, la búsqueda de fantásticos lugares como El Dorado o la Fuente de la Juventud).

¹ PORRAS BARRENECHEA, *Cronistas del Perú*, 1962.

Porras también menciona que las crónicas castellanas se caracterizan por tener una “tendencia ascética y moralizante” en la que, junto a la loa -a veces excesiva- del cronista por el personaje central (sea un capitán, un príncipe o el Rey), convivió también “la mirada penetrante del espíritu ético del pueblo español y busca ser advertencia y consejo de buenos gobernantes, espejo de verdad y ejemplo de doctrina”.² Las crónicas son relatos fieles que pretendían honrar a quien mereciera perennizar su recuerdo en la historia, pero sin dejar de anotar los hechos, y de valorarlos a la luz de un espíritu y ascética profundamente cristianas. Finalmente, Porras señala que “la crónica implica una cercanía en el lugar y en el tiempo. Los cronistas viven en el espíritu de los acontecimientos que describen y pertenecen a él”.³ En este punto Fazio ha tomado en cuenta la voz de los protagonistas, aquellos cronistas de la primera época, especialmente de aquellos que participaron en los distintos hechos de conquista (como Bernal Díaz del Castillo o el escribano Francisco de Xerez), o actuaron como testigos presenciales (Bartolomé de las Casas).

Fazio, en otro momento, ya había escrito sobre este aspecto al resaltar que si bien las intenciones de los cronistas estaban bastante definidas desde las primeras páginas, también lo es que su accionar fue movido por un sincero afán: el “que no cayeran en el olvido las hazañas de las huestes castellanas y para que se perpetuara su fama. Poner por escrito los hechos de un conquistador permitía hacerlo ingresar en el libro de oro de la historia”.⁴

Con esta primera visión general de la obra “Los fines de la Conquista”, se propone repasar algunos aspectos que muestran de manera fehaciente la finura del análisis expuesto por el P. Mariano Fazio. Entre otros aspectos, cabe resaltar el lugar que ocupa la geografía en la epopeya americana. Aunque tema secundario en la mayoría de las crónicas, sin embargo es un aspecto latente y un hilo conductor del texto. Cada nueva conquista mejoró el conocimiento del territorio, desterrando así los mitos que también se tejieron. Como el mito de “El Dorado” que acompañó desde muy temprano a los conquistadores. El autor recoge la anotación marginal de puño del fraile Bartolomé de las Casas al *Diario de Colón* en el que se hace referencia a la mítica isla de Baneque, localizada primera en las

² PORRAS BARRENECHEA, Op. Cit., p. 10.

³ PORRAS BARRENECHEA, Op. Cit., p. 13.

⁴ FAZIO, Mariano, “El honor español en las crónicas americanas de los siglos XVI y XVII”, en L. Regalado y H. Someda *Construyendo historias. Aportes para la historia hispanoamericana a partir de las crónicas*. Lima, PUCP, 2005, p. 137.

Antillas, luego en el continente para pasar a ser El Dorado en la América del sur. La geografía americana será uno de los principales obstáculos y su dominio supuso una cuota de honor y fama para el conquistador.

Ahí está la cita recogida de la obra de Bartolomé de las Casas, quien afirma, respecto al descubridor de la *Mar del Sur*, Vasco Núñez de Balboa lo siguiente:

“como estaban ya muy cerca, manda que todos allí se paren y asienten; sube el solo en la cumbre de la sierra, y vista la mar del sur, da consigo en tierra hincado de rodillas, y alzadas las manos al cielo de grandes alabanzas a Dios por la merced tan grande que le había hecho en que fuese el primero que la descubriese y viese” (93).

Un segundo aspecto tiene que ver con los modos en que el historiador enfrenta al personaje. Cabe aquí subrayar el análisis profundo que ofrece Mariano Fazio al perfil del conquistador, pasando de los hechos y las decisiones tomadas al plano personal, al pensamiento del personaje. Esta observación enriquece el relato, mucho más en personajes polémicos, quienes manifiestan más aristas, como el caso del conquistador de México, Hernán Cortés, personaje excepcional a quien le dedica unas páginas, fascinantes:

“Cortés fue un hombre excepcional en muchos sentidos. Y, como tal, descolló en todas las tareas en que se empeñó. Quizá mostró más codicia que otros conquistadores – los tesoros por él hallados también eran mayores –, pero no cabe ninguna duda, no hace falta ningún “quizá”, para afirmar que la fe de Hernán Cortés y su preocupación por la conversión de los indios no tenía parangón en la historia de la conquista. Basta leer el lema de su estandarte: en él estaban labradas con oro las armas reales y una cruz, con un letrero que decía *Hermanos y compañeros: sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera, que con ella venceremos.*” (131).

Finalmente, un aspecto que por lo general pasa desapercibido al lector habitual pero que constituye el eje sobre el cual se desarrollaron las distintas acciones de los protagonistas. La visión contemporánea de la conquista de América (el *Novus Orbis* o “Islas y Tierra Firme de la Mar

Océano”) centra su atención en los hechos de guerra y la derrota de los pueblos originarios. Se asume una postura respecto a la conquista a partir, estrictamente, de los hechos materiales ocurridos. Pero, ¿acaso el hombre se mueve únicamente por acciones materiales concretas? ¿Dónde queda la visión de mundo, las creencias e ideales que generan los grandes retos de una época? Justamente, la carencia de esta parte, hace que la visión actual sobre la conquista sea una incompleta.

La mirada de Fazio sobre el fenómeno histórico de la Conquista quiere ser una visión completa en la que no sólo se resalten los hechos de armas y sus protagonistas sino, principalmente, se descubran las motivaciones de ese hombre que vibró debajo de un cota de malla, que luchó por su Rey pero también por la fe en la que creía. Una constante en los conquistadores fue el querer poner en práctica el real deseo de conversión de los indios de la idolatría a la religión cristiana. Es cierto que este fin espiritual (ganar almas para Dios) estaba unido a otros más prácticos (como incorporar territorios al real patrimonio de la Majestad Católica y su cuidado) lo que supuso aplicar diversos modelos y estrategias para llevarlo a cabo (unos más exitosos que otros). Esta visión de ocupación del territorio fue novedosa y única, si se compara con otros procesos de conquista como los realizados por portugueses o ingleses. Se entiende entonces el papel fundamental que adquirió la organización eclesiástica en el desarrollo de las nuevas poblaciones americanas y las múltiples preocupaciones que la corona española puso en ello.

Un ejemplo de lo expuesto es el relato anecdótico de Pedro de Isla, recogido por Fazio en esta obra. Isla, un “mercader arrepentido”, “decide ir a las Lucayas a buscar a los indios que quedasen, hacer un pueblo con ellos, “y allí en las cosas de la fe instruillos” (124). La conformación de los pueblos de indios se convertirá, a partir de la segunda mitad del siglo XVI en una de las principales políticas de asentamiento y reorganización de los territorios americanos de la Corona Española. Con ello, es cierto, se pudo organizar la tasa del tributo de los indígenas, pero también dibujó un nuevo panorama para estos territorios, dándoles una identidad nueva, estableciendo nuevos modos de comunidad, lo que auspició el desarrollo de una tarea evangelizadora más organizada, pero estos aspectos escapan a los objetivos de la obra aquí analizada.

Notas bibliográficas

Finalmente, la buena lectura se debe también a la fina edición a cargo de Manuel Prendes y Crisanto Pérez de la Facultad de Humanidades de la

Universidad de Piura, quienes complementan el trabajo con una hermosa pintura en la portada, titulada *Primeros homenajes a Cristóbal Colón* de José Garnelo y Alda (1892), la cual tiene mucho que dialogar con los planteamientos expuestos por Mariano Fazio en este libro.

Víctor Velezmoro Montes